

Autora ganadora de: Premio **Whitbread** de literatura juvenil
Premio del diario **The Guardian** a la mejor novela juvenil

Kate Thompson

La criatura
de la noche



LA CRIATURA DE LA NOCHE

KATE **THOMPSON**

Traducción de Diana Delgado

Rocaeditorial

Título original: *Creature of the Night*
© Kate Thompson, 2008

Primera edición: febrero de 2011

© de la traducción: Diana Delgado
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
correo@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-219-3
Depósito legal: M. 54-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Knute Skinner, mi primer editor.

Gracias a Mel, Jan, Lucy, Cillian y Dib por leer
el manuscrito y darme tan buenos consejos.

Le dije a mi madre que no me quedaría allí. Se lo dije cuando me vino por primera vez con la idea, y se lo volví a decir cuando intentó comprarme con la nueva Xbox. Se lo repetí durante todo el camino en el autobús, y cada vez que ella me dirigía la palabra, le aseguraba:

—No voy a quedarme allí. No puedes obligarme.

Al cabo de un rato dejó de intentar hablar conmigo y charló con Dennis, enseñándole las vacas, las ovejas y los tractores por la ventana del autobús. A él le gustaron los tractores, aunque no sabía muy bien qué hacer con las vacas y las ovejas; las miraba como si fueran seres de otro mundo.

Y es que lo eran.

Nuestro nuevo casero vino a buscarnos a la estación de autobús de Ennis. Se llamaba P.J. Dooley. Cuando vio el equipaje que traíamos, se rio de nosotros y dijo que de haberlo sabido habría venido con el remolque.

—¡Qué gracioso! —exclamé yo, y mi madre me echó una mirada como si fuera a matarme—. Casi todo es de ellos —le expliqué—. Yo no me quedaré.

P.J. Dooley me observó y después miró a mi madre, y Dennis preguntó:

¿Podemos ir en el coche?

Todos nos pusimos a apilar las maletas, las bolsas de plástico y las mochilas. No quedaba mucho espacio en el vehículo cuando Dennis y yo tratamos de estrujarnos en la parte de atrás.

—Siéntatelo en las rodillas —sugirió mi madre, pero a mí no me apetecía, así que lo empujé hacia una gran bolsa de edredones y almohadas para que se sentara encima. Entre risas, él se acomodó la mar de satisfecho diciendo:

—¡Vamos en el coche!

Mi madre no tenía coche; decía que no lo necesitábamos en donde vivíamos porque se podía ir a todas partes en autobús. Por eso, Dennis apenas había ido en coche hasta entonces. Yo, sin embargo, lo hacía con frecuencia. Casi todos los fines de semana y, en ocasiones, entre semana también, los chicos y yo nos procurábamos uno; algunas veces robábamos dos y hacíamos carreras unos contra otros en la carretera de circunvalación o por las urbanizaciones. Eso era lo más. Era para lo que yo vivía: los coches, y para pasar los sábados en el centro y disfrutar de las cosas que comprábamos con el dinero que conseguíamos.

10 Por ese motivo mi madre decidió marcharse de Dublín. Me dijo que sólo nos iríamos durante el verano, para ver si nos gustaba, pero yo no me lo tragué. En primer lugar porque habíamos dejado el piso, y si queríamos conseguir otro a la vuelta, estaríamos una vez más los últimos en la lista de solicitud de alojamiento. Por lo tanto, sabía que ella no tenía ni la más mínima intención de regresar; hacía aquel traslado a propósito, con el objetivo de alejarme todo lo posible de la mala influencia de mis amigos.

Al menos así lo veía yo, y quizás fuese parte del motivo. Pero ella también tenía otra razón para irse de Dublín. Debí adivinarlo, supongo, pero no fue así. Si lo hubiera sospechado, le habría dicho que no funcionaría. Esa gente conseguiría encontrarla antes o después, fuera a donde fuese.

2

Había un viejo Skoda aparcado en el camino asfaltado, delante de la casa.

—Lo retiraré de aquí —dijo P.J.—. El último inquilino lo dejó al irse. No creo que valga demasiado.

Estuve a punto de decirle que no se molestara en llevárselo, porque ya lo haría yo cuando regresara a Dublín. Enseguida vi que no tenía alarma, y sabía que a estos bólidos viejos aún era posible hacerles un puente para ponerlos en marcha. Escarabajo sabría cómo hacerlo. Me parecía increíble haber tenido tanta suerte: mi medio de huida, aparcado en la puerta de casa. Si conseguía algo de pasta para la gasolina, todo estaría arreglado.

La casa era una especie de cabaña a la que le habían añadido un segundo piso, y para aquellos que les gusta este tipo de construcciones, resultaba bonita desde el exterior, pues disponía de un gran seto verde y flores en viejos maceteros. La puerta principal se había hinchado a causa de la humedad, y P.J. tuvo que empujarla con la cadera para abrirla. El interior tenía el aspecto de un cobertizo en lugar del de una casa; no se estaba más caliente dentro que fuera y el aire era tan húmedo que casi se podía beber. Había un pequeño zaguán de paredes mohosas y el cuarto de baño justo enfrente de la puerta principal; había otras dos puertas: la que daba al salón y la que daba a la cocina. En la cocina había unos viejos fogones, una escalera que conducía al primer piso y, al pie de ésta, la puerta

trasera; en el hueco de la chimenea, la pared estaba cubierta de vetas negras.

—Es hollín —comentó P.J.—. Estas viejas casas... No tienen arreglo.

El piso de arriba era mucho más nuevo. Constaba de un descansillo y tres habitaciones, todas ellas con paredes de madera pintadas con un color de costra infectada; las camas eran viejas y estaban torcidas, había cómodas con cajones desvencijados, armarios bamboleantes y un tocador con un espejo giratorio que miraba al techo.

Cuando entramos a la habitación más grande, mi madre me dijo:

—Puedes quedarte con ésta, Robert. Te pondremos un escritorio aquí.

—¿Un escritorio? —pregunté—. ¿Qué voy a hacer yo con un escritorio?

—Para tus libros del colegio —dijo P.J., de lo más inocente—. Para que hagas los deberes y eso. Te lo buscaré, yo me encargo.

12

—¿Deberes? —me asomé—. Dijiste que sólo nos quedaríamos a pasar el verano.

Desde detrás de P.J., mi madre me amenazó con el puño.

—Además —remaché—, ya te he dicho que no voy a quedarme.

En esta ocasión hizo una mueca peligrosa. Seguimos a P.J. al dormitorio mediano, y ella dijo:

—Me quedaré con éste. Me gusta la vista.

La habitación pequeña no era más que un pequeño pasillo abuhardillado en una de las paredes. Mi madre le indicó a Dennis:

—Y ésta puede ser tu habitación. ¿Qué te parece?

—¡No! —Dennis lloriqueó, y se le abrazó a una pierna—. Yo no quiero una habitación. ¡Me quiero ir a casa!

Continuaba berreando cuando fuimos tras P.J. escaleras abajo, y mi madre tuvo que cogerlo en brazos y gritarle al casero:

—Es estupenda, de verdad. Nos encanta.

El hombre abrió la puerta del armario que había debajo de la escalera; estaba lleno a reventar de cajas y bolsas de basura.

—Espero que no les importe. Algunas de estas cosas pertenecen al último inquilino.

Dennis volvió a berrear:

—¡No quiero una habitación!

—Lo que ocurre es que no sé qué hacer con ellas, pero no quiero tirarlas. Puede que vuelva algún día, quién sabe —explicó P.J., y mi madre lo miró alarmada—. ¡Ah, no tiene por qué preocuparse! Es un tipo estupendo; un verdadero caballero. Lars, así se llama; es de Suecia. Pero se fue un poco rápido, como si...

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Nadie lo sabe. Simplemente, desapareció un día.

Ella lo miró aún más aterrorizada, pero él trató de calmarla, repitiendo:

—No hay nada de qué preocuparse. La policía estuvo aquí y echaron un vistazo a la casa, pero no encontraron nada sospechoso. Se llevó su pasaporte, el carné de conducir y demás, por lo que imagino que se fue voluntariamente. Fue un poco precipitado, eso es todo.

—¿Le dejó dinero a deber? —le pregunté.

—Así es. Pero no demasiado. No creo que se fuese por eso.

—Bueno, nosotros también le debemos dinero —dijo mi madre—. Debería darle de la fianza.

Trató de dejar a Dennis en el suelo, pero él subió el volumen de su berrinche. En condiciones normales, no se hubiese atrevido. Mi madre le hubiese puesto de vuelta y media por ese comportamiento, pero él sabía que no lo haría delante de un extraño. Así que ella no tuvo más remedio que volver a cogerlo.

—No importa, no importa —aseguró P.J.—. Ya me lo dará otro día. Ahora será mejor que se acomoden y deshagan las maletas. —Señaló hacia la ventana. Había dos extensos prados a un lado de la colina, y en ellos, dos casas y varios cobertizos. Una granja completa, por lo que pude ver—. Aquélla de allí es mi casa, la de dos pisos. Si necesitan cualquier cosa, avísenme. Para lo que sea.

Me entregó las llaves. Los tres habíamos ido tras él desde que bajamos del autobús, y continuamos haciéndolo cuando salió a la calle. Se detuvo ante la portezuela de su coche y se volvió hacia nosotros.

—Enviaré a Colman algún día —me dijo—. Sois más o menos de la misma edad. —Después miró a mamá, y añadió—: Puede que también reciban la visita de mi madre; le gusta enterarse de lo que pasa. A veces sale con cosas algo extrañas, pero no se lo tomen en cuenta. Chochea.

Subió al coche y se fue. Mi madre le dijo adiós con la mano, después cogió la de Dennis y lo obligó a que también se despidiera. El crío se había callado, pues se había dado cuenta de que aquel extraño ya no lo protegería.

—¿No te parece increíble? —me preguntó mi madre—. Ni fianza, ni alquiler, nada. Podríamos hacer lo que quisiéramos. Podríamos robar lo que quisiéramos. Prender fuego a esto, incluso.

—No me des ideas —le advertí—. Pero estaba tan sorprendido como ella, la verdad. Creo que nadie había confiado nunca en ninguno de los dos hasta entonces.

3

Era junio, y aunque hacía buen tiempo, la casa estaba fría a causa de la humedad. De modo que mi madre decidió encender la chimenea. Yo puse la tetera a hervir y me dirigí a la puerta de atrás, pero ella me oyó.

—¿Adónde vas? —me preguntó persiguiéndome.

—Vuelvo a Dublín —le dije.

—¡De eso nada! —chilló—. ¡Vuelve aquí!

—No puedes tenerme vigilado continuamente —le espeté, y cerré la puerta al salir.

Di un rodeo a la casa y eché un vistazo al Skoda. Una de las ruedas traseras estaba desinflada, y había verdín en la goma de los marcos de las puertas, pero por lo demás parecía estar en buenas condiciones. Me habría gustado saber cuánto tiempo llevaba esperando a que el hombre misterioso volviese, y si se habría descargado la batería.

El camino de entrada tenía un poco de pendiente, así como el que se dirigía hacia la izquierda, de modo que, seguramente, conseguiría suficiente velocidad para arrancar el coche después de instalarme en él y haberle hecho el puente. Aun así, tendría que elegir bien el momento, es decir, cuando mi madre no pudiera echarme de menos durante un buen rato. Esperaba que P.J. no tuviese mucha prisa por cambiarlo de lugar.

Junto a la casa había una especie de pequeño patio con la hierba muy crecida, en el que se alzaba un pajar y una serie de pequeños cobertizos de piedra. Detrás de éstos, al otro lado

de la verja, se hallaba el primero de los dos grandes prados que se interponían entre nuestra casa y las dos de P.J. Eran las únicas casas visibles, pues mirases a donde mirases, no se divisaba nada más que las monótonas tierras de cultivo.

Encendí un pitillo detrás del pajar, donde no podía ser visto desde la casa. Como mi madre también fumaba, nunca percibía el olor a humo, así que no sé por qué me molestaba en esconderme. Ya no me intimidaban sus pataletas; me limitaba a ignorarlas. Pero no sabía qué hacer cuando se disgustaba y lloraba. Eso ocurría a menudo, y entonces me entraban ganas de romper cosas, e incluso algunas veces quería estamparle algo en la cabeza.

Las vacas que pastaban en el campo levantaron la cabeza para observar algo, y vi que una persona venía hacia la casa. Estaba muy lejos aún, pero distinguí que tenía el pelo canoso, y que llevaba vestido marrón y katiuskas. Suponía de quién se trataba. Me puse a la sombra de un gran arbusto verde y saqué el móvil:

16

«Komo ago puente a un Skoda»

Mandé el mensaje a Escarabajo, acabé el cigarro y entré de nuevo en la casa.

Mi madre estaba cabreada. Había sacado de la bolsa la comida que habíamos traído, pero todos los huevos estaban rotos, y aunque tenía las salchichas en la sartén, no conseguía encender el hornillo.

—No encuentro la llave del contador ni nada que se le parezca —se quejó—. ¿Puedes buscarla?

Miré por todas las paredes, y después me incliné sobre el aparato de cocina y miré detrás de él.

—No va a estar ahí, ¿no crees? —dijo.

No, no estaba, pero había un tubo naranja que desaparecía en la pared. Salí fuera y encontré una botella de butano; y a continuación abrí la lengüeta de paso de la boquilla. La anciana gorda estaba cruzando ya el prado más cercano; observé que la acompañaba un perro.

—¡Funciona! —gritó mi madre, que parecía mucho más contenta—. ¿Qué has hecho?

—Encenderlo —respondí—. Y tenemos visita.

—¿Quién es?

—La señora Dandy, supongo.

—¿La señora Dandy?

—La madre de P.J.

—Dooley —me corrigió—. No es Dandy, sino Dooley.

—Yankee Dooley, Doodle, Doody, Dandy. ¿A mí qué coño me importa?

Se rio, y yo le di la espalda para que no viera mi sonrisa. Aún no estaba en condiciones de perdonarla por haberme traído hasta aquí.

¡Qué milagro! La señora Dooley nos había traído una caja de huevos.

—¡Usted tiene poderes! —exclamó mi madre, mostrándole los rotos en el cubo de la basura.

18

—¡Esos huevos están donde se merecen! —replicó la señora Dooley—. Éstos son de nuestras gallinas, recién puestos. Guarde las sobras en un cubo —trozos de pan duro, la piel de las patatas o los restos de col— y envíemelas con el chico; se lo comen todo.

Dennis se había quedado de pie en la puerta, mirando al perro que se había metido debajo de la mesa, como si aquel lugar le perteneciese.

—Ten cuidado —le aconsejé—. Te comerá la mano.

—¿Cómo que le comerá la mano? —se extrañó la señora Dooley—. No le haga caso. Ese perro no haría daño ni a una mosca.

Dennis sonrió, pero no entró en la cocina.

—Tendréis que sacarlo con un palo —indicó la anciana—. Siempre ha vivido aquí y no se lleva muy bien con nuestros perros de la granja. Mandádmelo a casa si molesta.

Sacó un cartón de leche de su bolso y se lo dio a mi madre.

—¿Eso también lo pusieron sus vacas? —pregunté yo.

La señora Dooley me clavó la mirada un minuto, y después, dirigiéndose a mi madre, le explicó:

—Ya no ordeñamos vacas. Daban demasiados problemas.

Dennis decidió que ya era hora de probar suerte. Así pues, entró y se quedó de pie frente a la señora Dooley.

—Yo no quiero una habitación —protestó.

—¡Desde luego que la quieres! —afirmó ella—. ¿Por qué no habrías de quererla, un chico tan mayor como tú? —Dennis la miraba boquiabierto—. ¿Cuántos años tienes? ¡Debes de tener, unos cinco o seis!

—Sólo tiene cuatro —intervino mi madre—, pero se pone la ropa de los de seis.

—Ya me parecía a mí —respondió la señora Dooley, contestándole, pero sin dejar de mirar a Dennis—. Es muy alto.

—Los dos lo son —apuntó mi madre—. Robert no tiene más que catorce.

—Bien —prosiguió la anciana, echándome un rápido vistazo—, si quiere saber mi opinión, los dos necesitan su propio cuarto y tienen suerte de disponer de ellos. ¿Sabe cuántos chicos he criado yo? Y mi casa no era más grande que ésta.

Dennis se limitó a mirarla; no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Once —dijo—. Once hijos en una casa no más grande que ésta. ¡Y ninguno de ellos se atrevía a mencionar que quería una habitación propia!

—Yo no quiero una habitación —repitió Dennis, pero en voz más baja esta vez.

—¿De verdad ha tenido once hijos? —inquirió mi madre.

—Así es. Pero en esta casa sólo ha habido una niña una vez, y por triste que parezca, nunca podía salir a la calle.

—¿Por qué no? —pregunté yo.

La señora Dooley miró a Dennis que la contemplaba asombrado.

—Es una extraña historia —afirmó—, y muy triste. Pero puede esperar. Ya tienen la cena casi a punto. Sólo he venido a traer los huevos y a asegurarme de que pongan un poco de leche a las hadas.

—¿A las qué? —se extrañó mi madre.

—Ah, bueno, ya sé que se burlará de mí —dijo la señora Dooley, levantándose con dificultad de la silla debido a su gordura—, pero lo cierto es que, desde que se construyó esta casa, no ha pasado ni un día en que no se pusiese leche a las hadas.

Se dice que la edificación está construida en uno de sus caminos, entre esa fortaleza de allí —indicó señalando por la ventana, al otro lado del camino— y la que está en nuestras tierras.

Me era imposible mirarla. Me giré hacia los estantes, me puse a enredar con el cable de la tetera y esboqué una sonrisa. Habría querido que los chicos estuvieran aquí para escuchar esa historia.

—Ríete si quieres —me dijo a la espalda—, pero da mala suerte ignorar a las hadas.

Oí cómo abría uno de los armarios que había a mi lado, y por el rabillo del ojo, le vi poner un pequeño cuenco verde sobre la mesa.

—Más o menos esta cantidad —indicó echando la leche—. Déjelo en el alféizar de la ventana cuando se haga de noche.

—De acuerdo —contestó mi madre. Habría jurado que también estaba aguantándose la risa.

—Lars solía ponerlo fuera todas las noches —aseguró la señora Dooley—, y si se iba de viaje, me lo decía, y yo venía a hacerlo. Por eso me parece tan raro que desapareciera de esa manera sin decírselo a nadie.

Mi madre estaba friendo las salchichas a mi lado. Percibía su sonrisa y no me atreví a mirarla.

—Se lo encargo a usted, entonces —se despidió la señora Dooley—. Asegúrese de ello y llame si necesita algo.

—Lo haré —dijo mi madre.

—¡Vamos, *Bimbo*! —le dijo la mujer al perro. Pero el animal estaba muy a gusto bajo la mesa y no se movió de allí.

Era más de lo que yo podía soportar. Salí precipitadamente por la puerta trasera, corrí hasta el pajar y me reí hasta que me dolieron las costillas.

La señora Dooley se quedó unos minutos más, pero yo no volví a casa hasta que la divisé, sin el perro, caminando con parsimonia por el prado de regreso a su hogar. Para entonces ya me había reído lo suficiente y recordé que aún se la tenía jurada a mi madre. Cuando volví, lo primero que vi fue al perro, todavía debajo de la mesa.

21

—Dice que se marchará cuando tenga hambre —me explicó mi madre—, siempre y cuando no le demos de comer antes. Se había acostumbrado a estar con el viejo que vivía aquí, y todavía cree que ésta es su casa.

—¿Qué viejo?

—No sé. Pero después de que él muriera, se llevaron al perro con ellos, y luego, cuando Lars se instaló aquí, el perro regresó.

—Al perrito le gusta nuestra casa —afirmó Dennis.

—Lars puso esa gatera en la puerta —comentó mi madre, señalando la lengüeta móvil colocada en la puerta trasera. Yo ya la había visto antes, pero no sabía muy bien qué era.

—Apuesto a que todo ese rollo de los huevos y las hadas era una excusa —refunfuñé—, y que en realidad lo que quería la vieja era venir aquí y deshacerse del perro. ¡Estúpido bicho!

—¡*Bimbo!* —dijo Dennis, que tenía la boca llena de salchichas calientes—. Se llama *Bimbo*.

—Qué raro, ¿verdad? —comentó mi madre—. ¿No te parece increíble? ¿Hoy en día y a esa edad?

Soltó una risita, pero yo apreté los dientes, decidido a no hacerle coro. Cogí el pequeño recipiente verde y me bebí la leche.

—¡No hagas eso! —gritó Dennis—. ¿Te crees un hada?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque lo sé.

—Pues podría serlo —me burlé y, mirándolo, puse cara de misterio—. Por la noche...

Mi madre me trajo un plato y me llenó la taza de té. De repente, sentí un hambre canina y arrastré una silla hasta la mesa. Mi madre se sirvió su propio plato y también se sentó a la mesa.

—¡*Bimbo!* —llamó Dennis, y tiró su huevo frito al suelo. El perro se abalanzó sobre él y lo hizo desaparecer en un segundo.

—¡Eh! —exclamé yo—. ¡Se supone que no teníamos que alimentarlo!

—No me gusta el huevo —dijo Dennis—. Sabe mucho a huevo.

22

—Pero nunca se irá a su casa si le damos de comer. No tendrá hambre.

La respuesta de mi madre me pilló desprevenido:

—Creo que me lo quedará. Nunca he tenido un perro.

—Sí, sí —se entusiasmó Dennis, y arrojó un trozo de pan a *Bimbo*—. ¡Sí, sí, sí!

—¿Qué opinas? —preguntó mi madre.

Estuve a punto de decirle que sí, pero me di cuenta a tiempo y le dije:

—Me da igual. No voy a quedarme.

Eso mismo les dije a los chicos cuando mi madre me dio la noticia.

—Volveré —aseguré.

—Claro que sí, Robser —asintió Escarabajo. Y entonces Luke *el Chiripas* añadió:

—¿Qué haríamos sin ti?

23

Luke era mi primo y conocí a los demás gracias a él cuando yo tenía once años y ellos, quince o dieciséis. No lo creía cuando me permitieron acompañarlos. No podía creer que fuera uno de ellos. Pero lo era, con todas las de la ley. Al fin y al cabo, Escarabajo, Luke *el Chiripas*, Mick *el Psicópata* y yo lo hacíamos casi todo juntos.

Los fines de semana y en vacaciones trabajábamos en la calle robando bolsos, iPods, móviles y esas cosas. Yo realizaba casi todos los robos porque era pequeño y rápido, y cuando volvíamos a nuestra zona de la ciudad, era yo el que transportaba la mercancía. Había una buena razón para hacerlo así: si los polis nos pillaban, los demás se declararían inocentes, puesto que yo era el primo de Luke y acabábamos de encontrarnos en la ciudad. ¿Cómo iban a saber a qué me dedicaba yo?

Los polis no se lo tragarían, claro, pero ¿qué iban a hacer nos? De cualquier forma, sólo nos cogieron un par de veces. En esas ocasiones nos sacaron a rastras de la estación y nos echaron la bulla diciéndonos el tipo de basura que éramos, pero nosotros no les hicimos caso. Además, llamaban a nuestros

padres cuando era probable encontrarlos, los sermoneaban y les aconsejaban que nos mantuviesen alejados de las calles. Mi madre lo intentaba, la verdad, pero ¿a qué método podía recurrir? No iba a encerrarme en casa...

Como tampoco lo harían los polis; ésa era la maravilla de nuestro sistema. Era demasiado joven para ir a la cárcel, y San Pat y los otros reformatorios estaban llenos hasta arriba de chicos aun peores que yo. Si nos hubieran pillado alguna vez con los coches, habría sido distinto, pero nunca lo lograron. Sólo nos pescaron con pequeñeces. Nos sentíamos como si fuésemos intocables.

24 Una de esas veces en las que nos pescaron, me enviaron a un tipo, un trabajador social joven o algo así. Tuve que ir a su oficina, y me preguntó ese montón de chorradas sobre mi vida en casa y en el colegio, cómo me sentía y toda esa mierda. Me dijo que los otros chicos me estaban explotando porque era menor, pero no tenía ni idea. Yo sabía cuál era mi sitio en la banda y lo aceptaba. Luke *el Chiripas* era el mayor y algo así como el jefe; él era quien tomaba las decisiones y disponía de contactos para vender las cosas que robábamos. Escarabajo sabía dónde conseguir el mejor material, y tenía un talento innato para birlar llaves de coche y hacerlas desaparecer de las mesas de los bares o de los bolsillos de las chaquetas. Y Mick era *el Psicópata*; era duro de verdad. Una vez, mientras yo trataba de quitarle el bolso a una mujer en la calle, un tipo intentó detenerme; nunca se enteró de quién lo había golpeado. Mick entró en escena y lo estampó contra la pared, le rompió los dientes, y después, cuando lo tuvo tendido en el suelo, le saltó sobre la cabeza un par de veces. Me dio un poco de miedo, pero los otros chicos dijeron que el tío era un maldito imbécil que no debía haberse metido en lo que no le importaba. También dijeron que se lo tenía merecido, y nos guaseamos bastante cuando leímos la noticia en los periódicos.

Así que cuando Luke decía «¿Qué haríamos sin ti?», sabía que lo decía de verdad. Éramos una unidad de combate, una máquina engrasada, y cada uno de nosotros era indispensable.

Seguí comprobando el móvil, pero no recibí ninguna contestación de Escarabajo. Tal vez estuviese ido o buscando Skodas en Internet o algo así. Después de cenar, mi madre llevó a Dennis arriba y empezó a desembalar sus cosas en la pequeña habitación. Los suelos de esa casa eran tan finos como las paredes, y yo oía todo lo que decían. Le preguntó dónde quería que pusiese su Lego y sus camisetas de fútbol y dónde iba a dormir *Jimjam*, el conejo en pijama. Las preguntas de mi madre eran alegres y desenfadadas, pero las respuestas de él, vacilantes y a media voz. Todavía no le convenía la idea de quedarse en aquel cuarto.

25

Él nunca había tenido un cuarto propio en Dublín. Allí vivíamos en un piso diminuto con dos camas. Hace tiempo, mi madre quiso que Dennis se trasladara a mi habitación, pero yo me negué. Él era su mocosito, le dije, y que si no lo quería, debió pensárselo mejor antes de quedarse embarazada.

Ella me echó de casa al decirle eso. Se suponía que entonces estaba castigado, así que la bronca me vino de perlas porque quedé con los chicos y salimos a robar un par de coches. Aquélla fue una gran noche, vaya si lo fue; una de las mejores. Recordarlo me hizo sonreír.

Como solamente podía coger un canal en la tele —RTE2—, y los demás se veían borrosos y con interferencias, la apagué y miré las cosas que tenía apiladas en un rincón. Me dije que no me vendría mal colocarlas en su sitio, aunque no

tuviera intención de quedarme. Al fin y al cabo, no me llevaría mucho equipaje cuando me marchase.

Mientras subía la escalera arrastrando dos grandes bolsas, oí decir a Dennis:

—Mañana duermo aquí, mami; pero déjame que me quede esta noche en tu cama.

Me detuve en la escalera y esperé a escuchar la respuesta. Sabía que deseaba con todas sus fuerzas disponer de la cama para ella sola.

—Está bien —accedió—. Pero sólo esta noche. Y si mojas la cama, te mato.

Algo, pensé, que sería muy probable. Recordé lo que me pasaba a mí cuando tenía su edad: permanecía despierto en la cama, aterrorizado, temiendo quedarme dormido y mearme. Por aquel entonces, todavía tenía miedo a las rabietas de mi madre. Ahora, en cambio, ya no me asustan, aunque a Dennis, sí. ¡Pobre sabandija! Casi siento pena por la pequeña rata.

—No lo haré —aseguró. Parecía de lo más contento—. El conejito *Jimjam* me despertará a tiempo.

26

También recordaba ese truco de mi madre. Mi viejo oso *Fuddy* se perdió hace años, pero aún me sigue despertando a veces cuando necesito ir al baño.

Dennis bailoteaba por el descansillo. Cuando llegué al último peldaño de la escalera, me dijo:

—¡Bobby! Voy a dormir con mamá esta noche. Y mañana...

—Qué suerte, ¿no? —le solté empujándolo para que se quitara de en medio—. Escúchame, pecoso: mi habitación está prohibida, ¿entendido? Si te cojo ahí, te haré picadillo.

Entré en ella y lo dejé mirándome boquiabierto. En éstas, mi madre salió de su cuarto.

—¡No le hables así a tu hermano! —me gritó.

—¡Él no es mi hermano! —le respondí gritando también, y di un portazo.

Se produjo un sonido al balancearse algo en la parte de atrás de la puerta: unos pantalones y una chaqueta vaquera colgados de una percha. Deposité mis cosas en el suelo y busqué en los bolsillos de esas prendas. No había nada en la

chaqueta, pero en el bolsillo izquierdo de los vaqueros encontré veinte euros y un puñado de monedas; en el otro hallé la llave de un coche en un llavero del que colgaba una pequeña navaja suiza.

¡Las llaves del Skoda!

Era increíble. Di un puñetazo al aire y metí hasta el fondo de mi bolsillo la llave y el dinero, con rapidez, no fuera a ser que mi madre entrase. Estaba claro lo que había pasado: el manto de la chimenea asciende por mi habitación, y cuando la puerta está abierta, se queda pegada a él. Desde que Lars desapareció, nadie había cerrado esa puerta, y por ello, nadie había visto sus vaqueros ni su chaqueta. Si es verdad que los polis estuvieron allí, no hicieron muy buen trabajo al inspeccionar el lugar. Pero ¿por qué no me sorprendía lo sucedido?

¡Qué más me daba a mí! Era un regalo. Ya no tenía que esperar a que Escarabajo me contestara. Me iría esta noche, tan pronto como mi madre y Dennis se durmieran. Pondría el coche en punto muerto cuesta abajo y llegaría tan lejos de la casa como pudiera antes de encender el motor, pero ya no habría riesgo de liarla con la ropa de la percha, ni habría que romper el candado del volante. Saldría de allí en silencio, y para cuando mi madre se hubiese dado cuenta de que el coche había desaparecido, yo ya estaría en Dublín.

En casa.

Mandé un mensaje a Escarabajo:

«tengo llave olvida el puente nos vemos»

Y después escribí a Luke *el Chiripas*:

«te veo sta noche»

Estaba que no podía parar de la impaciencia, pero necesitaba tener cuidado y no parecer demasiado feliz o algo así. Mi madre podría sospechar. Así que me puse a abrir las maletas despacio, a tirar de los pegajosos cajones y aporrearlos de nuevo hacia dentro. Cuando estuve a punto de bajar, se podía decir que estaba relajado y preparado para controlar mi nerviosismo.

Y

Envuelta en un edredón, mi madre estuvo viendo RTE2 toda la noche con Dennis en el regazo. Se había levantado viento, las ráfagas se colaban por los marcos de las ventanas y por la ranura inferior de la puerta, y el fuego chisporroteaba como si hubiese una gran aspiradora en la chimenea, chupando todo el calor y entregándoselo a la noche. Mi madre no cesaba de poner leña, pero la habitación seguía estando fría.

Me senté en un sillón, con los ojos fijos en la tele y la cara inexpresiva, pero en mi interior todo me ardía. Estaba impaciente por ponerme en marcha con el Skoda. ¡Ojalá funcionase la radio! Me tentaba pisar el acelerador y no parar hasta llegar a Dublín. Pero no lo haría, sino que iría traqueteando lentamente, ajustándome a los límites de velocidad y deteniéndome en los semáforos que encontrase en rojo. No quería llamar la atención en ningún sentido.

28

Me preocupaba, sin embargo, la rueda trasera. Confiaba en que no estuviese demasiado desinflada, pues era evidente que no podía ir a ninguna gasolinera para inflarla; ya sería suficientemente arriesgado si tenía que poner gasolina. Yo sabía que, aunque era alto para mi edad, no aparentaba tener diecisiete años.

—¿Tú sabes dónde hemos puesto la leña? —me preguntó mi madre cuando emitieron los anuncios.

—Hay unos leños grandes en el pajar —dije—. Te cortaré algunos.

—¿En serio lo harás? —me sonrió—. Me gusta tener a un hombre en casa.

Furioso por dentro, miré los anuncios. No lo soportaba cuando me hablaba de esa manera: como si tratara de hacerme sentir orgulloso.

—¿Con qué piensas cortarlos? —me preguntó.

—No sé —respondí encogiéndome de hombros—. ¿Me dejas tu lima de uñas?

Ella se rio. Y yo me incliné, metí la mano en el bolsillo en busca de un chicle y palpé las llaves. Le sonreí; ella estaba en las nubes. Hacía mucho tiempo que no le sonreía de esa manera.

Aunque, claro, no pilló el verdadero sentido. Nunca lo

hacía. Creyó que significaba que había cambiado de idea y que me gustaba estar aquí; que me gustaba ser «el hombre de la casa». Me miró con ojos de iluminada.

—Es hora de irse a la cama —le dijo a Dennis.

—¡No! —gimoteó él.

—¿Quieres dormir en mi cama?

—Sí.

—Entonces tendrás que subir ahora mismo y esperarme ahí.

No se atrevió a protestar. Ella lo llevó al baño y después subieron la escalera. A pesar del ruido de la tele, oía cómo el viento golpeaba el tejado. Toda la casa chirriaba y crujía. Dennis se moriría de miedo allí arriba, pero no se atrevería a bajar. Mi madre lo mataría si lo hacía.

Al volver, ella me preguntó:

—¿Por qué no vas a buscar una manta? Seguro que empieza ahora una peli.

Eso le gustaba: que los dos nos apretujásemos en el sofá y viésemos una película. Ella y su hombrecito, como antes de que Dennis naciese.

—No quiero una manta —dije.

Tampoco quería ver ninguna película. Lo que ansiaba es que ella se fuese a la cama, se durmiese y me dejase el camino libre a mí y al Skoda. Dio comienzo un documental, y mi madre llamó a su hermana Carmel y estuvo hablando con ella veinte minutos. Cuando terminó, telefoneó a su amiga Maura y le contó la misma historia. No sé de dónde sacaba el dinero para el móvil. Cuando por fin colgó, me dijo:

—Creo que esto está bien. Este lugar, quiero decir, el campo y todo eso. Y el perro.

No le contesté y miré más anuncios. Mi sidra favorita; mataría por una.

—No sé por qué dices que Dennis no es tu hermano —me dijo.

Ya estaba hasta las narices. ¿Por qué hacía siempre lo mismo? Tenía esa estúpida idea de que si no estábamos gritándonos significaba que era un buen momento para «hablar de cosas». Pero «hablar de cosas» siempre nos llevaba a discutir de nuevo.

—Porque no lo es —repliqué. Habíamos hablado de esto miles de veces.

—Claro que lo es —aseguró ella—. Es tu hermanastro, que viene a ser lo mismo.

—No lo es —repetí yo.

—Lo es —insistió—. Los dos sois hijos míos.

—Sí, claro. Pero tenemos distinto padre, ¿no?

—¿Y en qué cambia eso las cosas?

—En que él sabe quién es su padre, y yo no lo sé. Porque tú no me lo dices. Por eso.

Ya habíamos hablado también de esto antes. Un millón de veces. Ella debía haber sabido que terminaríamos en ese punto, como siempre que empezábamos a «hablar de cosas». Siempre igual.

Puso cara de víctima, como si fuese ella la que se sentía herida por este asunto, y no yo.

—¿Cuándo me lo dirás? —pregunté.

—Cuando seas mayor. —Siempre me decía lo mismo.

—Ya soy mayor. ¡Llevo años siendo mayor! Y estoy harto de que me digas eso. ¡No entiendo por qué es tan importante! Dennis la llamó desde arriba:

—¡Mamiiii!

Niño estúpido. Se había ganado una buena. Mi madre no sabía si llorar o descargar su furia. Lo veía en su cara.

No pude aguantarlo más, e hice lo de siempre cuando ella se ponía así: me levanté y me fui.

Pero no estaba preparado para lo que me esperaba fuera. Caminé siguiendo la dirección del viento que había estado azotando la casa, y me cortó la respiración y casi caí al suelo. Era como mi propia rabia, saliendo de mí y destrozando todo cuanto encontraba a su paso, o como chocar contra Mick cuando no estaba planeado.

31

Todo lo que podía moverse se movía: árboles, arbustos, canalones, cables eléctricos y telefónicos... No se producían tormentas de este tipo en Dublín porque el viento siempre topaba con los edificios, y lo único que te llegaba eran pequeñas ráfagas supervivientes.

Fui corriendo hacia el pajar, pero éste crujía y se estremecía como si se estuviera muriendo, y yo no sabía muy bien si lograría mantenerme en pie. Me refugié en uno de los cobertizos. El viento también me persiguió hasta allí, se estampó contra las paredes y me dio de lleno en la cara, pero conseguí encender un pitillo en un rincón, algo que, en ese momento, era lo más importante. Me tragué el humo y sentí el efecto anestésico de la nicotina en el cerebro. Dos caladas más, y la rabia desaparecería; dos más, y estaría en condiciones de pensar con claridad de nuevo.

Me sorprendía que no hubiera echado a correr directo hacia el Skoda, pero estaba contento de no haberlo hecho. Porque mi madre me habría oído y habría avisado a la poli, y en menos de veinte minutos me habrían detenido. Necesitaba